



DIOS EN SUS SANTOS

El radicalismo cristiano del Beato Josemaría Escrivá

FLAVIO CAPUCCI

El documento más orgánico y completo del Magisterio de la Iglesia sobre el papel de los santos en la vida de la Iglesia es quizás el capítulo VII de la Constitución *Lumen gentium*, que lleva por título «*Indole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial*». Parte de la observación de que la plena realización de la Iglesia tendrá lugar en el cielo: sólo con la consumación del misterio de la salvación será Dios todo en todos¹. La Iglesia está adornada de verdadera santidad ya en la tierra, pero la comunión del hombre con Dios es todavía imperfecta². Las resistencias del pecado obstaculizan su plenitud: la entera creación gime con dolores de parto y suspira por la manifestación de los hijos de Dios³. La Iglesia peregrinante, que lleva consigo «la figura fugaz de este mundo»⁴, anhela la plena comunión con Dios, cuando seamos semejantes a El y lo veamos tal cual es⁵.

Pero esta plenitud de unión se realiza ya en los santos y, a través de ellos, actúa como factor de crecimiento en nuestra vida sobrenatural: «Por lo mismo que los bienaventurados están más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad (...) y contribuyen de múltiples maneras a su más dilatada edificación»⁶. Es el dogma de la comunión de todo el Cuerpo Místico de Cristo, que profesa-

1. Cfr. 1 Cor 15, 28.

2. Cfr. *Lumen gentium*, n. 48.

3. Cfr. Rom 8, 19-22.

4. *Lumen gentium*, n. 48.

5. Cfr. 1 Ioh 3, 2.

6. *Lumen gentium*, n. 49.

mos en el Credo y que hallamos confirmado en la veneración a los santos y en la práctica de los sufragios por los difuntos, ampliamente testimoniados por la liturgia y la historia de la piedad cristiana.

La *Lumen gentium* subraya explícitamente la *función ejemplar de los santos*: «Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (cf. Hebr 13, 14 y 11, 10) y al mismo tiempo *aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno*»⁷.

Paralelamente, la Constitución dogmática sobre la Iglesia hace expresa alusión a su *intercesión ante Dios* por nuestras necesidades: «Habiendo llegado a la patria y estando en presencia del Señor (cf. 2 Cor 5, 8), *no cesan de interceder por El, con El y en El a favor nuestro ante el Padre (...)*. Su fraterna solicitud contribuye, pues, mucho a remediar nuestra debilidad»⁸. «Es, por tanto, sumamente conveniente que amemos a estos amigos y coherederos de Cristo, hermanos también y eximios bienhechores nuestros; que rindamos a Dios las gracias que le debemos por ellos; que *los invoquemos humildemente y que, para impetrar de Dios beneficios (...), acudamos a sus oraciones, protección y socorro*»⁹.

1. *El rostro de Dios*

Pero la *Lumen gentium* desarrolla también una reflexión más hondamente teológica, individuando con precisión la esencia radical de la santidad y, en conexión con ella, el elemento que mejor ayuda a comprender el papel que desempeñan los santos en la vida de la Iglesia¹⁰. El convenci-

7. *Ibid.*, n. 50; subrayado nuestro. La racionalización de los procedimientos que regulan las causas de canonización, fruto de las reformas de Pablo VI (1969) y Juan Pablo II (1983), responde precisamente al crecimiento de la sensibilidad por el valor pastoral de las figuras de los santos y, por tanto, de la oportunidad de proponer a la imitación de los fieles figuras recientes.

8. *Ibid.*, n. 49.

9. *Ibid.*, n. 50. El texto prosigue con referencias explícitas a los aspectos citados: «El verdadero culto a los santos no consiste tanto en la multiplicidad de actos exteriores cuanto en la intensidad de un amor activo, con el cual, para mayor bien nuestro y de la Iglesia, *buscamos en los santos el ejemplo de su vida, la participación en su comunión y la ayuda de su intercesión*» (n. 51).

10. El excelente estudio de B. Gherardini, *La santità della Chiesa nella teologia dell'epoca post-tridentina*, en 'Miscellanea in occasione del IV Centenario della Congregazione per le Cause dei Santi', Ciudad del Vaticano 1988, pp. 89-112, muestra

miento de que la santidad de la Iglesia se manifiesta y expresa en la de los santos inspira toda la praxis canónica sobre el reconocimiento formal de su ejemplaridad cristiana: aquí reside el sentido de toda beatificación y canonización¹¹.

«En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (cf. 2 Cor 3, 18), *Dios manifiesta de manera viva ante los hombres su presencia y su rostro*»¹². Dicho con otras palabras: la unión con Dios —que la acción de la gracia y la generosa correspondencia por parte de la criatura realizan en el hombre— es algo tan vivo en un santo, que se percibe en él de forma casi tangible la presencia personal del Señor. En su persona, en sus gestos, en sus palabras, en su vida, es el mismo Dios quien, por así decir, se transparenta. Más allá de la impronta de su personalidad, de la educación familiar, del influjo del ambiente y de las vicisitudes del tiempo en que ha vivido, más allá del patrimonio cultural que ha asimilado y recreado, más allá de las huellas dejadas en su alma por los acontecimientos vividos¹³, lo que la intuición creyente contempla en la figura de cada santo es la imagen de Dios

cómo los procedimientos jurídicos para la beatificación y canonización expresan, desde su comienzo, la autoconciencia que la Iglesia posee sobre la causa constitutiva de su propia santidad: «La Chiesa non è santa né principalmente né esclusivamente perché santi sono i suoi membri; essendo i santi dei peccatori santificati o graziati, la conseguente santità della Chiesa non sarebbe mai del tutto emancipata dall'alea del peccato. Ma la Chiesa è santa per la sua cristoconformità costituzionale che diffonde sul Corpo la grazia del Capo, per farne uno strumento universale di salvezza. E' quanto si legge negli scritti dell'epoca: santa perché ha Cristo per Capo ed è animata dallo Spirito Santo, perché possiede una dottrina santa e mezzi efficaci di santificazione, ai quali si deve se non pochi dei suoi membri raggiungono vertici non comuni di santità soggettiva» (p. 100). El mismo Catecismo romano afirma: «Patet igitur Ecclesiam esse sanctam, ac sanctam quidem quoniam corpus est Christi a quo sanctificatur, cuiusque sanguine abluitur».

11. Cfr. J.L. ILLANES, *Los cristianos en la historia* en 'Nueva Revista', Madrid, abril 1992.

12. *Lumen gentium*, n. 50; subrayado nuestro. De ahí el precisar que el culto a los santos no disminuye la adoración debida a Dios, sino que la alimenta. De hecho, «la comunión con los santos nos une a Cristo, de quien, como de la fuente y de la cabeza, dimana toda la gracia y la vida del mismo pueblo de Dios (...). Todo genuino testimonio de amor que ofrezcamos a los bienaventurados se dirige, por su propia naturaleza, a Cristo y termina en El, que es «la corona de todos los santos», y por El va a Dios, que es admirable en sus santos y en ellos es glorificado» (n. 50).

13. Es necesario reconocer que la reciente reforma de las Causas de los santos ha conducido a una valoración más adecuada de la importancia de estos factores en la formación de la personalidad del santo, y ha subrayado la necesidad de una mayor profundización, en la elaboración de la *Positio super virtutibus*, en los aspectos humanos (culturales e histórico-ambientales) que concurren en la configuración específica de la figura de cada candidato a la santidad (cfr. *Reglamento de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos*, Roma 1983, art. 16).

que refleja. La experiencia de lo divino, que encontramos en los diversos momentos de su vida, enriquece nuestra fe, la purifica, la eleva.

Intuitus fidei. La fe es, precisamente, la virtud que desempeña el papel decisivo en este contexto. La conducta cristiana, en las pequeñas o grandes decisiones, es el reflejo coherente no sólo de las cualidades humanas de que estamos dotados y del grado que hemos alcanzado en el ejercicio de la virtud, sino también —y de modo mucho más profundo— de la percepción que hemos logrado alcanzar del misterio de Dios. Para los cristianos de la primera generación la decisión de recibir el Bautismo iba acompañada de la posibilidad, aunque fuera remota, del martirio. Y, en efecto, la sangre de los mártires fecundó la Iglesia: Jesús en la Cruz atrajo hacia sí más gente que la que puso en fuga el miedo. Hoy parecen prevalecer, en la conciencia de muchos, las dudas, las vacilaciones, los replanteamientos ante el esfuerzo que comporta la fidelidad a Cristo, las oscilaciones de la voluntad, el sí y el no pronunciados tibiamente por temor a «comprometerse». ¿Se han hecho más pesados los condicionamientos culturales, o más bien es la fe, nuestra aceptación creyente del misterio del Dios-Hombre crucificado, la que se ha debilitado?

En el Evangelio de Marcos se narra un episodio emblemático: un milagro «en dos tiempos». Jesús humedece con saliva los ojos del ciego de Betsaida y le impone las manos. Ante la pregunta: «¿Ves algo?», el ciego responde: «Veo hombres, algo así como árboles que andan»¹⁴. Sombras confusas, lábiles figuras indiferenciadas... Sólo en un momento posterior, luego que Jesús haya tocado por segunda vez sus ojos, recupera el ciego completamente la vista. Si nuestra fe no es tan viva como para ponernos personalmente frente al verdadero Dios, Padre amoroso, Luz infinita, Fuente de misericordia y de perdón; frente a Jesús, que nos llama amigos y da su vida por los que ama¹⁵, que nos pide el don incondicionado de nosotros mismos para poder llenarnos de aquella paz que «supera toda inteligencia»¹⁶; frente al Espíritu Santo, que nos invita «con gemidos inenarrables»¹⁷ a secundar los designios divinos; *si nuestra mirada interior se ha oscurecido y capta tan sólo una pálida imagen del Señor, nuestra conducta inevitablemente reflejará no el amor cristiano en toda su esplendor sino los temores del espíritu mundano*¹⁸.

14. Mc 8, 24.

15. Cfr. Jn 15, 13-15.

16. Fil 4, 7.

17. Rom 8, 26.

18. Cfr. 1 Jn 4, 18.



El hombre mundano tiene un miedo irracional a Dios. La exégesis realizada por Juan Pablo II en *Dominum et vivificantem* muestra que en la raíz del primer pecado —y, en alguna medida, de todo pecado— se encuentra la falsificación de la verdad sobre Dios llevada a cabo por Satanás, padre de la mentira: «El Dios creador es puesto bajo estado de sospecha, es más, bajo acusación, ante la conciencia de la criatura. Por primera vez en la historia de la humanidad aparece ese perverso «genio de la sospecha». Busca «falsear» el Bien mismo, el Bien absoluto (...). El espíritu de las tinieblas es capaz de mostrar a Dios como enemigo de la propia criatura y, ante todo, como enemigo del hombre, como fuente de peligro y de amenaza para el hombre»¹⁹. El santo no teme, ama: «En el amor no hay temor, pues el amor perfecto arroja fuera el temor; porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en el amor»²⁰. En el alma del santo está impresa la imagen verdadera de Dios, que es Padre y no un déspota amenazante. Esto es lo que la Iglesia nos invita a descubrir en la figura de cualquier bienaventurado.

En la trayectoria humana de los santos se da una relación plena y auténtica con el Señor. En ellos podemos llegar a entrever el verdadero rostro de Dios, corrigiendo así la imagen inadecuada que han formado nuestras miserias y que subyace bajo la frialdad de muchas de nuestras respuestas²¹.

2. Majestad y paternidad de Dios

En el horizonte apenas descrito se inscribe también la contribución espiritual y humana que cualquier persona cristiana puede recibir del contacto con la figura del Fundador del Opus Dei. Ya desde el momento en que comenzaron a brotar en su alma los primeros barruntos de la llamada divina, su respuesta revela una aguda sintonía con el misterio del querer de Dios. Los hechos son muy conocidos. Estamos en el invierno de 1917-1918, en Logroño, una ciudad del norte de España. Josemaría Escrivá acaba de cumplir 16 años o está a punto de hacerlo. Un día descubre, gra-

19. JUAN PABLO II, Enc., *Dominum et vivificantem*, nn. 37-38.

20. 1 Jn 4, 18.

21. El texto de la *Lumen gentium* citado más arriba se cierra con estas palabras: «En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. Hebr 12, 1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio» (n. 50).

badas en la nieve, las huellas de un carmelita descalzo. Piensa: este hombre es capaz de tanto por el Señor... y yo, ¿qué le he dado? Desde aquel día le invade una íntima inquietud y nace en él la necesidad de una vida de oración y de penitencia más asidua, de buscar el encuentro frecuente con Jesús en los sacramentos. A partir de estas premisas, en un brevisimo lapso de tiempo, madura en su alma la decisión de hacerse sacerdote: una decisión en la que nunca había pensado hasta entonces, pero que asume con prontitud de manera definitiva²².

Los textos autobiográficos que describen este episodio, decisivo para su futuro, trazan un cuadro en el que las sombras parecen prevalecer sobre la luz: Josemaría comienza a «presentir» que Dios le pide algo, pero no comprende con claridad los designios divinos. El sacerdocio no representa en su conciencia el objeto final de la llamada y, sin embargo, se le presenta como la respuesta más adecuada que él puede ahora ofrecer: de esta forma, cuando el Señor se digne mostrarle completamente su voluntad, él podrá hallarse plenamente disponible. Es consciente de que Dios ha iniciado un diálogo con él y de que ha llegado el turno de responder: Dios espera. La continuación de ese diálogo de amor depende de la respuesta. Josemaría no vacilará: se entrega *por completo, sin dilaciones y para siempre*. Su sí será inmediato, pleno y definitivo. No le ha invadido una claridad interior fulgurante, pero tampoco espera a que el Señor le proporcione nuevos elementos de conocimiento: no pretende ulteriores certezas, ni tiene miedo tampoco de que sea tomar una decisión apresurada... A otros santos Dios les ha llevado por un camino más tortuoso. En la vida de Josemaría Escrivá, a través de las obras de este santo de nuestros días, el Señor ha querido recordar una exigencia perenne, quizás particularmente necesaria para los cristianos de hoy: el reconocimiento filial de la *majestad* divina, el señorío de Dios. Y éste es un signo de reconocimiento: cuando Dios llama, tiene derecho a pedir todo, porque es Dios: nuestro Todo.

No caben dilaciones. La percepción de la majestad de Dios es inseparable del conocimiento de su *paternidad*. Quien se enfrenta a una elección de importancia vital, consciente de las responsabilidades que conlleva, tiende a buscar el apoyo de seguridades humanas: espera señales más claras, retrasa su decisión, prueba, se propone objetivos de cuya consecución pudiera obtener mayores certezas. La decisión de entrega del joven Josemaría

22. Para todo esto, ver S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976, pp. 55-60; F. GONDRAND, *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid 1985, pp. 31-35.



revela no tanto una firmeza de carácter o una generosidad fuera de lo común, cuanto una óptica sobrenatural de completo abandono y de total confianza en Dios: ante los requerimientos de este Padre, infinitamente solícito de nuestro bien, la prudencia humana le parece insuficiente. ¿Quién podría alguna vez sentirse preparado, y cuándo, para lo que el Señor le pide? ¿No es quizás la gracia —desde luego, no nuestros méritos— el único fundamento sobre el que se apoya la predilección divina? No temor, en consecuencia, sino decisión.

Una consideración de *Camino* densa de contenido pero también sencilla y lineal, parece condensar esta experiencia interior: «¡Qué poco es una vida para ofrecerla a Dios!...»²³. Pero junto a ése debe leerse también este otro pensamiento, extraído de la misma obra: «Alma de apóstol: esa intimidad de Jesús contigo, ¡tan cerca de El, tantos años!, ¿no te dice nada?»²⁴.

El carácter inmediato y total de la decisión del joven Josemaría nace, podríamos decir, de aquella misma certidumbre que, en las orillas del lago de Genesareth, bastó también a Pedro y a Andrés, a Santiago y a Juan,

23. *Camino*, n. 420. La consoladora verdad de la paternidad divina y de nuestra filiación adoptiva en Cristo desempeña un papel fundamental en el espiritualidad del Beato Josemaría Escrivá. Todos sus escritos están sembrados de consideraciones que dejan entrever la profundidad con que él mismo la vivió. Citaré tan sólo *Camino*: «Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando (...). Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos» (n. 267). «‘Timor Domini sanctus’. —Santo es el temor de Dios. —Temor que es veneración del hijo para su Padre, nunca temor servil, porque tu Padre-Dios no es un tirano» (n. 435). «¿No brilla en tu alma el deseo de que tu Padre-Dios se ponga contento cuanto te tenga que juzgar?» (n. 746). «Estás lleno de miserias. —Cada día las ves más claras. —Pero no te asusten. —El sabe bien que no puedes dar más fruto. Tus caídas involuntarias —caídas de niño— hacen que tu Padre-Dios tenga más cuidado y que tu Madre María no te suelte de su mano amorosa: aprovéchate, y, al cogerte el Señor a diario del suelo, abrázale con todas tus fuerzas y pon tu cabeza miserable sobre su pecho abierto, para que acaben de enloquecerte los latidos de su Corazón amabilísimo» (n. 884). «Cuando un alma de niño hace presentes al Señor sus deseos de indulto, debe estar segura de que verá pronto cumplidos esos deseos: Jesús arrancará del alma la cola inmunda, que arrastra por sus miserias pasadas; quitará el peso muerto, resto de todas las impurezas, que le hace pegarse al suelo; echará lejos del niño todo el lastre terreno de su corazón para que suba hasta la Majestad de Dios, a fundirse en la llamarada viva de Amor, que es El» (n. 886).

24. *Ibid.*, n. 321.

para dejar todo y seguir inmediatamente al Maestro²⁵: Dios es Quien llama. Ellos no sabían para qué habían sido llamados, pero tenían la certeza de que Jesús les quería junto a El. El retraimiento de la criatura ante los requerimientos divinos hunde las raíces no sólo en una natural cautela ante lo desconocido o en residuos de egoísmo que nos retraen del don generoso de nosotros mismos, sino también —y más radicalmente— en la incapacidad de fijar la mirada exclusivamente en los ojos de Jesús que llama. Esto es lo que debemos aprender a mirar con los santos: la riqueza insondable del amor escondido en el misterio de aquel rostro, *la plenitud de la divinidad y de la humanidad de Cristo*. Es otra dimensión esencial de la experiencia de Dios que se nos muestra a través de su ejemplo.

Pasó todavía mucho tiempo antes de que Dios le mostrase completamente su voluntad. Casi once años después de aquellos primeros momentos de su entrega a Dios, el 2 de octubre de 1928, el Beato Josemaría Escrivá *vió*²⁶ el Opus Dei. Todos los acontecimientos de su vida se conformaron entonces en un cuadro coherente. Pero lo cierto es que durante aquellos largos años él había perseverado sin un atisbo de incertidumbre: la insistente petición de luces al cielo, que había llenado cada uno de sus días y tantas noches transcurridas en oración²⁷, estuvo siempre acompañada por una inquebrantable confianza en Dios Padre y por el trato asiduo con Jesús. Quien escribe estas páginas oyó al Beato Escrivá afirmar con fuerza que basta con haber visto una sola vez en la vida la luz de Dios para perseverar hasta la muerte en el camino emprendido. Esta es la fe que descubrimos en el ejemplo de los santos: el rostro de Dios que admiramos esculpido en su alma.

3. *La Humanidad de Jesucristo*

En uno de los textos publicados después de su muerte se lee: «Trata a la Humanidad Santísima de Jesús... Y El pondrá en tu alma *un hambre*

25. Cf. Mt 4, 18-21.

26. Este es el término con el que siempre describió la experiencia fundacional.

27. He aquí un texto autobiográfico: «Tenía barruntos de que el Señor quería algo: pasaron muchos años sin saber qué era, y —mientras— decía de continuo una jaculatoria acordándome del ciego del Evangelio, yo ciego también, en cuanto a mi porvenir y al servicio que Dios deseaba de mí: *Domine, ut videam!* (Lc XVIII, 41). *Domine, ut sit!*, he repetido durante años: que sea, que se haga eso que Tú quieres; que yo lo sepa, da luz a mi alma. Las luces no venían, pero evidentemente rezar era el camino» (*Carta*, 25-V-1962, n. 41). Pedía la luz divina suplicando: *ut videam!*, pero había tomado ya la decisión de entregarse a Dios. Esto significa que, a pesar de no ver todavía con claridad el contenido exacto de la llamada, veía que Dios le llamaba.



insaciable, un deseo «disparatado» de contemplar su Faz. en esa ansia —*que no es posible aplacar en la tierra*—, hallarás muchas veces tu consuelo»²⁸. El misterio de Dios se hace cercano, accesible a nosotros en la Humanidad de Jesucristo. Conducida por el Espíritu Santo, el alma se eleva desde su familiaridad con El Verbo Encarnado, por el Espíritu, hasta la contemplación del Padre. Todos los santos han vivido una experiencia cada vez más íntima y real, nunca apagada, de la identificación con Cristo: «Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con El, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con El nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo»²⁹.

En la figura del Fundador del Opus Dei, como en todo santo, se aprecia el brillo deslumbrante de la luz de Cristo. No una sombra confusa, no el perfil de un personaje encerrado en el pasado: «No vivimos nosotros, sino que es Cristo quien en nosotros vive. Hay una sed de Dios, un deseo de buscar sus lágrimas, sus palabras, su sonrisa, su rostro... No encuentro mejor modo de decirlo que volviendo a emplear las frases del salmo: *quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios mío!»³⁰. «Yo quiero enamorarme de Jesús y le pregunto: ¿cómo eres? Tu Humanidad Santísima, ¿cómo es? Y me quedo como embozado, horas y horas, diciéndole verdaderas locuras. Pedidle al Señor que me ayude a amarle así: hasta la locura. Porque en el amor es necesario llegar hasta la locura»³¹.

28. *Via Crucis*, Madrid 1984, pp. 67-68. «Debéis consagrar día y noche todos los esfuerzos a unir el alma y el espíritu a Dios, nuestro Padre, por la oración, por la contemplación con un amor no interrumpido: metidos en Dios los sentidos, la imaginación, las potencias del alma, no tendréis problemas personales y, endiosados, podréis decir: *vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus* (Gal II, 20); no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí. Sentiréis entonces un hambre, una sed de Dios que nunca se sacian: y experimentaréis en vuestra vida la verdad de aquellas palabras: *los que me comen quedarán con hambre de mí, y los que me beban quedarán de mí sedientos* (Ecclí XXIV, 29)» (*Carta*, 6-V-1945, n. 28).

29. *Amigos de Dios*, n. 299.

30. AGP, RHF 20.586, p. 131. «No acabo de aprender, no acabo. Tengo ansia de ver a Jesucristo, de conocer su rostro. Tengo hambre de encontrarme con mi Dios... Ayer me apuntaba algo que había leído, recitándolo, montones de veces: *et ostende faciem tuam et salvi erimus*; hazme ver tu cara, tu rostro, y ya estoy en el Cielo, ya estoy salvo, ya estoy seguro» (*Ibid.*).

31. AGP, RHF 20.581, p. 491.



Esta relación íntima y personal con Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre, según la fórmula atanasiana, se condensa en algunos puntos que vienen a ser como los pilares de la vida espiritual. Haremos una breve enumeración, citando algunos fragmentos tomados de los escritos del Beato Escrivá³².

Ante todo, la necesidad de frecuentar a Jesús en la *oración*. La oración no puede ser un simple rumor de los labios, una repetición estereotipada de fórmulas sin vida³³, sino un diálogo personal con el Amigo³⁴: «Jesús es tu amigo. —El Amigo. —Con corazón de carne, como el tuyo. —Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... —Y tanto como a Lázaro, te quieren a ti.»³⁵. «Pierde el miedo a llamar al Señor por su nombre —Jesús— y a decirle que le quieres»³⁶. Es un coloquio, hecho de confianzas y de escucha: «Se renueva, con distintos matices, ese amor de Jesús por los suyos, por los enfermos, por los tullidos, que pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa... Y, en seguida, luz o, al menos, aceptación y paz»³⁷. Los

32. Pedimos excusas al lector si, por razón de espacio, nos vemos obligados a omitir algunos aspectos de la vida espiritual que poseen también una importancia primordial: la dimensión eclesial de toda la existencia cristiana, ya que la Iglesia es el lugar de la gracia que fluye de la Cabeza hacia el cuerpo; la centralidad de la economía sacramental, como vehículo eficaz de unión con Cristo; el contacto con la Palabra de Dios, como alimento vivo de la fe; el papel de María en el camino de la salvación, etc.

33. «Despacio. —Mira qué dices, quién lo dice y a quién. —Porque ese hablar de prisa, sin lugar para la consideración, es ruido, golpeteto de latas. Y te diré con santa Teresa, que no lo llamo oración, aunque mucho menees los labios» (*Camino*, n. 85). Una consideración que no niega, más bien al contrario, el valor de la oración vocal y litúrgica (cf. *Ibid.*, nn. 84, 86).

34. «La oración del cristiano nunca es monólogo» (*Ibid.*, n. 114).

35. *Ibid.*, n. 422. También: «Me has escrito: 'orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?' —¿De qué? De El, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas! y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerte: '¡tratarse!'» (*Ibid.*, n. 91).

36. *Ibid.*, n. 303.

37. *Amigos de Dios*, n. 249. El fundador del Opus Dei insistía en su predicación sobre el hecho de que, cuando la oración nace de una fe viva y real, el alma percibe en sí misma la voz de Dios, le oye: «Hijos, mirad que el Señor está siempre en el Sagrario. Parece que no nos oye, pero nos escucha amorosamente, con el cariño de un padre y de una madre, escondiendo su Divinidad y su Humanidad. Es un Señor que habla cuando quiere, cuando menos se espera, y dice cosas concretas. Después calla, porque desea la respuesta de nuestra fe y de nuestra lealtad» (AGP, RHF 20.792, p. 106). Y en otra ocasión: «Cuando empiezas esa meditación, frecuentemente —dependerá de muchas circunstancias— te representas la escena o el misterio que deseas contemplar; después aplicas el entendimiento, y buscas en seguida un diálogo lleno de afectos de amor y de dolor, de acciones de gracias y de deseos de mejora. Por ese camino debes llegar a una oración de quietud, en la que es el Señor quien habla, y tú has de escuchar lo que Dios te diga» (*Ibid.*, p. 55).

que le trataron desde sus primeros años de ministerio sacerdotal coinciden en afirmar la fuerte impresión que recibieron en su relación con el Fundador del Opus Dei; en sus testimonios aparece con frecuencia el comentario: «nadie me había hablado nunca así de Cristo». Y los estudiosos que han profundizado en sus escritos no dudan en reconocerlo como un maestro de vida interior.

Llegamos así a un segundo punto: el *apostolado*, como incansable esfuerzo para conducir a los hombres hacia el seguimiento de Cristo. El verdadero apostolado cristiano era, para el Beato Escrivá, el «desbordarse de la vida interior»: no el activismo, no la simple eficiencia organizativa, sino comunión en Cristo. En un documento sobre el apostolado del Opus Dei escribe: «*Metamos a Cristo en nuestros corazones y en los corazones de los chicos. ¡Lástima!: frecuentan los sacramentos, llevan una conducta limpia, estudian, pero... la Fe muerta. Jesús —no lo dicen con la boca, lo dicen con la falta de vibración de su proceder—, Jesús vivió hace XX siglos... —¿Vivió? Iesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula; Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos (Hebr. XIII, 8). Jesucristo vive, con carne como la mía, pero gloriosa; con corazón de carne como el mío. Scio enim quod Redemptor meus vivit, sé que mi Redentor vive (Iob XIX, 25). Mi Redentor, mi Amigo, mi Padre, mi Rey, mi Dios, mi Amor, ¡vive! Se preocupa de mí. Me quiere más que la bendita mujer —mi madre— que me trajo a este mundo... Es bastante: que saquen los chicos las consecuencias prácticas. ¡Cuántas veces esta consideración, tan sencilla y trillada, ha sido el origen de un devorador incendio de Fe y Amor, en más de un corazón varonill!*»³⁸.

Un nuevo aspecto: la *devoción eucarística* como centro y raíz de toda la vida espiritual. Una realidad que se hacía tangible en el Beato Escrivá. Fe vivísima en la presencia real de Cristo, que hacía del Tabernáculo como un imán que atraía hacia sí toda su persona³⁹; la Santa Misa vivida con una fe profunda en su realidad de renovación incruenta del Sacrificio de la Cruz, en la cual tiene lugar la identificación del sacerdote con Cristo

38. *Instrucción*, 9-I-1935, nn. 248-249. De esta unión personal con Cristo deriva la eficacia de todo apostolado: «Te diré, plagiando la frase de un autor extranjero, que tu vida de apóstol vale lo que vale tu oración» (*Camino*, n. 108). En la misma obra se lee también: «El celo es una chifladura divina de apóstol, que te deseo, y tiene estos síntomas: hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer» (n. 934).

39. «Cuando te acercas al Sagrario piensa que ¡El!... te espera desde hace veinte siglos» (*Camino*, n. 537).

por vía sacramental⁴⁰, se traduce en el empeño por acomodar la propia conducta al ejemplo de Cristo, humilde hasta la plena donación de sí mismo: «Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... —Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo y que en Nazaret y que en la Cruz. Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! («Nuestra» Misa, Jesús...)»⁴¹.

4. *Amor a la Cruz*

La transparencia con la que, en el santo, la mirada humana percibe la imagen de Cristo alcanza su ápice en la generosidad del *sacrificio de sí mismo* al cual llega devorado por el deseo de no dejar a Jesús solo en la Cruz. Incomprensiones, calumnias, soledad, pruebas interiores y sufrimientos de todo género: no existe santidad fuera del horizonte del Gólgota. Y el Espíritu Santo impulsa al que verdaderamente está lleno de amor por Cristo a añadir a todo ello la mortificación voluntaria, la penitencia, la renuncia: «Cuentan de un alma que, al decir al Señor en la oración «Jesús, te amo», oyó esta respuesta del cielo: «Obras son amores y no buenas razones». Piensa si acaso tú no mereces también ese cariñoso reproche»⁴².

La presencia de la Cruz, en sus dos sentidos, plenificó la vida del Beato Escrivá, desde los lutos y las humillaciones de la infancia hasta los sufrimientos inherentes a la fundación y los padecimientos de los últimos años por la Iglesia. Y nunca un lamento... Y siempre la alegría profunda

40. No faltan alusiones indicativas del grado de identificación con la Pasión de Cristo que, también subjetivamente, experimentaba el Beato Josemaría Escrivá en la celebración de la Santa Misa: «Después de tantos años, aquel sacerdote hizo un descubrimiento maravilloso: comprendió que la Santa Misa es verdadero trabajo: *operatio Dei*, trabajo de Dios. Y ese día, al celebrarla, experimentó dolor, alegría y cansancio. Sintió en su carne el agotamiento de una labor divina. A Cristo también le costó esfuerzo la primera Misa: la Cruz» (*Via Crucis*, p. 109).

41. *Camino*, n. 533. Sobre el trasfondo de la plena donación de sí mismo se insertan las mil delicadezas que la virtud de la piedad sugiere a un alma verdaderamente enamorada: «¡Loco! —Ya te vi —te creías solo en la capilla episcopal— poner en cada cáliz y en cada patena, recién consagrados, un beso: para que se lo encuentre El, cuando por primera vez ‘baje’ a esos vasos eucarísticos» (*Ibidem*, n. 438).

42. *Camino*, n. 933. El episodio es autobiográfico y se remonta al 16-II-1932, un momento en el que la entrega del Fundador del Opus Dei a la oración, a la penitencia, al ministerio, no sólo no presenta altibajos, sino que parece ser más generosa que nunca. Y aún así Dios lo empujaba hacia metas todavía más altas. Así trata el Señor a las almas enamoradas.

y contagiosa de saberse con Cristo, más aún de saberse *alter Christus, ipse Christus* y, precisamente por esto, hijo de Dios.

Nos limitaremos a señalar unos cuantos pasajes: «Tienes ansias de Cruz y de dolor y de Amor y de almas. Sin querer, en movimiento instintivo —que es Amor—, extiendes los brazos y abres las palmas, para que El te cosa a su Cruz bendita: para ser su esclavo —«serviam!»—, que es reinar»⁴³.

La contemplación del drama del Calvario no evoca solamente sentimientos de contrición, sino también propósitos explícitos de efectiva conversión: «Nicodemo y José de Arimatea —discípulos ocultos de Cristo— interceden por El desde los altos cargos que ocupan. En la hora de la soledad, del abandono total y del desprecio..., entonces dan la cara *audacter* (Mc 15, 43)...: ¡valentía heroica! Yo subiré con ellos al pie de la Cruz, me apretaré al Cuerpo frío, cadáver de Cristo, con el fuego de mi amor..., lo desclavaré con mis desagravios y mortificaciones..., lo envolveré con el lienzo nuevo de mi vida limpia, y lo enterraré en mi pecho de roca viva, de donde nadie me lo podrá arrancar, ¡y ahí, Señor, descansad! Cuando todo el mundo os abandone y desprecie..., *serviam!*, os serviré, Señor»⁴⁴.

Nuestro miedo al sacrificio deriva precisamente de la distancia desde la cual observamos el Calvario: «Los santos —me dices— estallaban en lágrimas de dolor al pensar en la Pasión de Nuestro Señor. Yo, en cambio... Quizá es que tú y yo presenciamos las escenas, pero no las 'vivimos'»⁴⁵.

43. *Forja*, n. 1027. El beato Escrivá escribió estas palabras el 18 de julio de 1936, en vísperas del estallido de la guerra civil española, que supuso, para él como para tantos otros, una causa de enormes sufrimientos: el Señor lo preparaba interiormente para el perfecto holocausto de sí mismo.

44. *Via Crucis*, p. 133. Se podrían citar muchos otros textos: «Una Cruz. Un cuerpo cosido con clavos al madero. El costado abierto... Con Jesús quedan sólo su Madre, unas mujeres y un adolescente. Los apóstoles, ¿dónde están? ¿Y los que fueron curados de sus enfermedades: los cojos, los ciegos, los leprosos?... ¿Y los que le aclamaron?... ¡Nadie responde! Cristo, rodeado de silencio. También tú puedes sentir algún día la soledad del Señor en la Cruz. Busca entonces el apoyo del que ha muerto y resucitado. Procúrate cobijo en las llagas de sus manos, de sus pies, de su costado. Y se renovará tu voluntad de recomenzar, y reemprenderán el camino con mayor decisión y eficacia» (*Ibid.*, pp. 117-118).

«Amo tanto a Cristo en la Cruz, que cada crucifijo es como un reproche cariñoso de mi Dios:... Yo sufriendo, y tú... cobarde. Yo amándote, y tú olvidándome. Yo pidiéndote, y tú... negándome. Yo, aquí, con gesto de Sacerdote Eterno, padeciendo todo lo que cabe por amor tuyo... y tú te quejas ante la menor incomprensión, ante la humillación más pequeña...» (*Ibid.*, p. 108).

45. *Ibid.*, p. 83.

En la contemplación de la Cruz aprendemos las exigencias del amor: «El cuerpo llagado de Jesús es verdaderamente *un retablo de dolores*... Por contraste, vienen a la memoria tanta comodidad, tanto capricho, tanta dejadez, tanta cicatería... Y esa falsa compasión con que trato mi carne. ¡Señor!, por tu Pasión y por tu Cruz, dame fuerza para vivir la mortificación de los sentidos y arrancar todo lo que me aparte de Ti»⁴⁶.

Este contacto con Cristo determina el nivel de las aspiraciones que sabremos asignar a nuestra vida cristiana, hasta la ambición suprema de la santidad, es decir del cumplimiento fiel de la voluntad divina a cualquier costo. El Beato Josemaría se proponía a sí mismo y proponía a todos los cristianos no sólo la meta de la aceptación de la voluntad de Dios, sino de la plena identificación con ella: «Escalones: Resignarse con la Voluntad de Dios: Conformarse con la Voluntad de Dios: Querer la Voluntad de Dios: Amar la Voluntad de Dios»⁴⁷.

El camino de la salvación pasa siempre a través de la Cruz. De ahí que, al describir la vocación común del cristiano, llamado a buscar la santidad en el trabajo cotidiano, el Beato Escrivá no dejase de recordar la necesidad de unir el esfuerzo diario al Sacrificio del Calvario: «Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable, sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú»⁴⁸.

Desde el inicio de su misión fundacional, proclamó que la cristianización del mundo pasa a través del empeño por colocar la Cruz de Cristo en la cima de todas las actividades humanas: «¡Qué hermosas esas cruces en la cumbre de los montes, en lo alto de los grandes monumentos, en el pináculo de las catedrales!... Pero la Cruz hay que insertarla también en las entrañas del mundo. Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida

46. *Ibid.*, pp. 99-100.

47. *Camino*, n. 774.

48. *Ibid.*, n. 178. «Antes de empezar a trabajar, pon sobre tu mesa o junto a los útiles de tu labor, un crucifijo. De cuando en cuando, échale una mirada... Cuando llegue la fatiga, los ojos se te irán hacia Jesús, y hallarás nueva fuerza para proseguir en tu empeño. Porque ese crucifijo es más que el retrato de una persona querida —los padres, los hijos, la mujer, la novia...—; Él es todo: tu Padre, tu Hermano, tu Amigo, tu Dios, y el Amor de tus amores» (*Via Crucis*, p. 109).

honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas»⁴⁹.

5. *La vocación del cristiano*

El ejemplo de Jesús es muy claro: «Cristo ha muerto por ti. —Tú... ¿qué debes hacer por Cristo?»⁵⁰. «Jesús no se satisface «compartiendo»: lo quiere todo»⁵¹. La predicación del Fundador del Opus Dei sobre la llamada universal a la santidad se encuadra en estas coordenadas. Un deseo de unión y de correspondencia, lleno de fervor, que presenta las señales no de un simple sentido ético, sino de un amor que no admite medidas: «Me dices que sí, que quieres. —Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer? —¿No? —Entonces no quieres»⁵².

Volvamos a la consideración que hacíamos al principio sobre la función ejemplar de los santos. Si el estudio de su vida con frecuencia nos presenta actos virtuosos extraordinarios y difícilmente imitables, ¿no llegamos entonces a conclusiones que están en contradicción con la finalidad perseguida por la Iglesia en las Causas de canonización? En realidad, el heroísmo cristiano no se manifiesta en gestos clamorosos, sino en las cualidades más básicas de la conducta cristiana: en la *constancia*, en la *facilidad* o ausencia aparente de esfuerzo, en la *prontitud* y la *alegría* en el cumplimiento del deber de cada día, signos de una connaturalidad plenamente adquirida con la voluntad divina. Todo esto no hace sino confirmar la pregunta propuesta, ya que, si la ejemplaridad se entendiese en una perspectiva humana, la invitación a seguir el ejemplo de los santos adquiere un carácter ilusorio.

La respuesta nos viene precisamente del fragmento de la *Lumen gentium* ya citado. La secuencia de los elementos allí señalados sobre el papel de los santos en la Iglesia no es casual. Ejemplaridad e intercesión no están simplemente añadidos al último y decisivo aspecto que subraya el texto

49 *Via Crucis*, p. 108. Ver el estudio de P. RODRÍGUEZ, *Omnia traham ad meipsum. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, en 'Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei', n. 13, julio-diciembre 1991, pp. 331-352.

50. *Camino*, n. 299.

51. *Ibid.*, n. 155.

52. *Ibid.*, n. 316.

conciiliar: «Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro». Aquí se encuentra el fundamento teológico y existencial de los aspectos precedentes, su condición de posibilidad. El ejemplo de los santos tiene aquí su verdadero núcleo: ellos nos reconducen a Dios. Nuestra atención no se detiene en el hombre, sino que lo traspasa hasta fijarse en Dios. Muchas veces el Beato Escrivá ha repetido que Cristo es el único modelo del cristiano y que el Espíritu Santo es el que modela nuestra alma⁵³. El Señor anhela hacernos entrar en su intimidad y hacernos partícipes de su vida. Ahí, en esa íntima unión, aun permaneciendo los límites de nuestra condición creatural, se experimenta la fuerza de la gracia, el amor de Dios que vive en nosotros. La santidad aparece, por tanto, como camino que tiene su punto de partida en la convergencia de los hombres —cada uno con sus características, con los defectos y los dones propios— con Dios: comunión. Los santos son instrumentos de nuestra audaz inserción en la raíz última de la vida cristiana: el encuentro con Jesucristo.

En el decreto pontificio sobre la heroicidad de las virtudes del fundador del Opus Dei se lee: «Entre los multiformes caminos de la santidad cristiana, el que ha recorrido el Siervo de Dios muestra con particular nitidez toda la *radicalidad* de la vocación bautismal». Este «radicalismo cristiano» aparece como la única respuesta adecuada que la criatura puede ofrecer a Dios, cuando verdaderamente percibe con los ojos de la fe el misterio del Amor. Supera entonces una concepción reductiva, que tiende a presentar el cristianismo como un conjunto de prácticas yuxtapuestas a la vida cotidiana o como una ética de «bienpensantes»⁵⁴. La solicitud con la cual

53. Hemos debido dejar entre paréntesis innumerables textos en los que se transparenta la intensidad de la presencia del Paráclito en la vida espiritual y en la predicación del Fundador del Opus Dei. Baste la referencia a la homilía *El Gran Desconocido*, en *Es Cristo que pasa*, Madrid 1991, nn. 127-138.

54. «Ser cristiano no es título de mera satisfacción personal: tiene nombre —sustancia— de misión (...) Ser cristiano no es algo accidental, es una divina realidad que se inserta en las entrañas de nuestra vida, dándonos una visión limpia y una voluntad decidida para actuar como quiere Dios (...). Se dan, a veces, algunas actitudes, que son producto de no saber penetrar en ese misterio de Jesús. Por ejemplo, la mentalidad de quienes ven el cristianismo como un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender a las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias. Diría que quien tiene esa mentalidad no ha comprendido todavía lo que significa que el Hijo de Dios se haya encarnado, que haya tomado cuerpo, alma y voz de hombre, que haya participado en nuestro destino hasta experimentar el desgarramiento supremo de la muerte. Quizá, sin querer, algunas personas consideran a Cristo como un extraño en el ambiente de los hombres (...). Sólo si procuramos comprender el arcano del amor de Dios, de ese amor que llega hasta la muer-



la Iglesia, haciéndose eco de la devoción popular que recoge en los santos resonancias particularmente intensas del misterio de Dios, promueve las investigaciones canónicas que conducen a estas figuras a los altares, es una muestra de su docilidad a la acción del Espíritu divino. Es el Espíritu Santo el que incesantemente vivifica el mundo y vuelve a hacer presente ante su mirada el rostro de Dios.

Vultum tuum, domine, requiram!: esta jaculatoria afloraba sin cesar a los labios del Beato Escrivá. El amor es sed insaciada, nunca satisfecha, de unión. Con ocasión del 1.º aniversario de su ordenación sacerdotal, tan solo pocos meses antes de abandonar esta tierra, afirmaba sertirse «como un niño que balbucea», una criatura que se encuentra todavía en los primeros pasos de la aventura del amor de Dios⁵⁵. Y es que en el amor no existe lugar para el cansancio o el acostumbramiento: el misterio de Dios revela profundidades siempre nuevas y desconocidas. Y cuando la experiencia de nuestras miserias proyecta la sombra de la desconfianza sobre la aceptación de los designios divinos, viene bien recordar que ante Dios también el santo es siempre «como un niño que balbucea».

Flavio Capucci
Postulador General del Opus Dei
ROMA

te, seremos capaces de entregarnos totalmente a los demás, sin dejarnos vencer por la dificultad o por la indiferencia» (*Es Cristo que pasa*, n. 98).

55. Cfr. S. BERNAL, *o. cit.*, p. 316.

